
□

□

POBREZA: INFORME DEL BANCO MUNDIAL DE 1990

Fernando Gutiérrez de Vera

□

□

«A los pobres los tenéis siempre con vosotros...»

General

EL propósito de este artículo es dar a conocer las líneas del informe sobre «pobreza», elaborado por el Banco Mundial en 1990. El Banco presenta anualmente una monografía dedicada a la evolución del desarrollo, con abundantes apéndices estadísticos, en la que utiliza como hilo conductor el análisis de los problemas específicos del desarrollo mundial.

El informe referido analiza, con una objetividad estremecedora, la presencia de la pobreza en el mundo en desarrollo, su distribución geográfica, los datos cuantitativos actuales y su posible proyección a corto plazo (horizonte del año 2000), con distintas alternativas para dicha proyección, en función de las políticas económicas y sociales que se adopten respecto al problema tratado.

El informe no es pesimista. Toma nota de las mejoras conseguidas desde 1965, desde el punto de vista de renta per capita y reducción de mortalidad, y pone de manifiesto cómo determinadas políticas han conseguido, por ejemplo en Indonesia, reducir el nivel de pobreza del 60 por 100 de la población al 20 por 100 de la misma, en el período de 1960 a los años 1980.

Sin embargo, la pura acumulación de datos macroeconómicos deja al lector la conciencia de la magnitud del esfuerzo necesario para resolver el problema, de la imposibilidad de ponerle coto, al menos en la escala temporal de la vida de un hombre. Aparece con toda claridad el hecho de

que, no sólo en esta generación, sino en varias generaciones futuras, durante muchas décadas, centenares de millones de personas estén condenadas a una destrucción lenta e inevitable. El tiempo histórico y fatal que transpira el informe, en su objetividad sajona, estremece el corazón, siquiera durante un breve plazo antes de volver a caer en la trivialidad del ritmo diario.

Algunas cifras

PARA definir el nivel de pobreza se fija el listón en unos ingresos per capita inferiores a 370 dólares al año, cantidad aproximadamente equivalente a 3.500 pesetas al mes de ingresos mínimos. Pobre es, pues, el que «lucha por sobrevivir» con menos de estas 3.500 pesetas al mes.

Hay mil millones de personas en el mundo en desarrollo viviendo a este nivel de pobreza, casi la mitad de ellos en el Sureste de Asia. El Africa Subsahariana, que ha grabado en nuestra imaginación las imágenes de niños en el límite de la depauperación, sólo representa el 16 por 100 de este reparto de los pobres del mundo. Latinoamérica y el Caribe albergan un 6,6 por 100. Parece evidente que la realidad estadística no se corresponde con la imagen de los «mass media», y que un silencio dramático acompaña a la pobreza perenne de la India, China y el Sureste de Asia.

La previsión de futuro inmediato que el informe pone de manifiesto ofrece una cierta esperanza a largo plazo, y una llamada a la acción, en un mundo que, al menos de palabra, rinde culto a la misma. Si durante la década de los 90 los países industriales crecieran al 3 por 100 por año (ésta ha sido la tasa histórica de crecimiento en términos reales de las últimas décadas), y el flujo de ayuda hacia el Tercer Mundo aumentase al mismo ritmo, el número de pobres descendería en más de 300 millones al final del siglo. Una política más determinada del mundo desarrollado en la lucha contra la pobreza podría reducir aún más esta cifra.

Sin embargo, esta reducción en el número absoluto de pobres no se producirá de forma homogénea. Según la hipótesis anterior, durante la presente década Africa Subsahariana verá aumentar en 100 millones de personas el número de los que vivirán bajo el límite de subsistencia, mientras que se producirá una reducción de 400 millones en el resto de las regiones del mundo.

Incluso un esfuerzo masivo en Africa sólo conseguirá mantener el nivel de pobres en las cifras alcanzadas en 1985, y ello si se consiguiese un crecimiento económico en la región del 5,5 por 100 por año, lo que parece impensable a la vista de las experiencias pasadas.

Consideraciones para una acción colectiva eficaz

EL informe reconoce que la continuidad en el proceso de crecimiento del mundo desarrollado es necesaria y conveniente para la mejora del mundo en subdesarrollo. Asimismo señala como un hito positivo la tendencia a la disminución en los gastos de armamento, si bien reconoce que el posible establecimiento de relaciones especiales de comercio protegido entre el mundo desarrollado y los países de Europa del Este puede redundar en un perjuicio para los países más pobres, al menos en el transcurso de esta década.

Sin embargo se señala a lo largo del análisis lo mucho que se ha aprendido sobre los problemas del desarrollo y la forma de enfrentarse a los mismos. En particular hace especial énfasis en cómo la elevación del nivel de vida de los pobres de una determinada comunidad no depende únicamente de la inversión o de la ayuda externa que se produce en ese determinado país, región o grupo humano.

No puede separarse el esfuerzo del desarrollo de la política del Sector Público en los países referidos, y en concreto de la puesta en práctica de un cierto número de programas sociales, como educación, sanidad, etc. El informe se alinea de forma tajante con los defensores de la posibilidad de simultaneizar desarrollo y reducción de pobreza, no presentando ambos objetivos como contrapuestos, sino como aliados.

Sin embargo, las recientes experiencias en muy diversos países, en los que se parte de entornos culturales y sociales muy diferentes, permiten poner en claro que el puro crecimiento de la economía no afecta de forma idéntica a las clases más desfavorecidas, y que la adopción de determinadas políticas económicas y sociales puede ayudar a una reducción proporcional del número de pobres en el conjunto de la sociedad, sin por ello detener el crecimiento económico del conjunto.

Por ejemplo, Indonesia, Malasia y Tailandia, durante los años 70 y 80, han alcanzado tasas de crecimiento del Producto Nacional Bruto superiores al 6 por 100, a través, fundamentalmente, de programas de desarrollo basados en la agricultura, e intensivos en mano de obra. Al propio tiempo, han previsto un esfuerzo de gasto en programas sociales, consiguiendo una escolarización primaria generalizada y unos porcentajes de mortandad infantil inferiores a otros países con niveles económicos similares.

En otros países, como Brasil, a pesar de un crecimiento económico superior, en media, a cualquier otro país de la muestra considerada, no han mejorado de forma similar los indicadores sociales.

En cuanto a aquellos países en los que ni siquiera se ha alcanzado suficiente crecimiento económico (por ejemplo, India, Marruecos), la pobreza relativa en el país ha aumentado.

La conclusión elemental del informe es la siguiente:

«Aquellos países que han tenido más éxito al luchar contra la pobreza han sido los que han impulsado esquemas de desarrollo que hacen un

uso eficaz de la mano de obra y han invertido en el capital humano de los pobres... Ambos elementos son esenciales. El primero proporciona a los pobres la oportunidad de usar su activo más abundante: el trabajo. El segundo mejora su bienestar inmediato y aumenta su capacidad de aprovechar las nuevas posibilidades creadas... Algunos de entre los pobres —por ejemplo, los enfermos, los viejos, y aquellos en zonas carentes de recursos— pueden no llegar a beneficiarse de un esquema dual como el anterior. Otros, aunque obtengan beneficios, permanecerán altamente vulnerables a los desastres personales, como la muerte del padre de familia, o a las calamidades nacionales como la sequía o la recesión económica. Una aproximación global al problema de la pobreza exige, por tanto, que la estrategia básica se complemente con un sistema de subsidios sociales y seguridades mínimas bien diseñado.»

El éxito en el desarrollo se ha obtenido por una conjunción de diversos factores —la ayuda externa enfocada de forma honesta y constructiva, la redistribución razonable de determinados activos improductivos (la tierra), y el aumento de inversión pública en el desarrollo a través de programas sociales e industriales que fomenten la utilización del capital humano presente en los pobres. Cuatro capítulos de datos y cifras analizan la promoción económica, la promoción y progresos sociales (salud, educación, etc.), el establecimiento de programas de recursos mínimos para los más desfavorecidos, y la evolución económica, con especial consideración a la ayuda al desarrollo y a los problemas derivados de la crisis de la deuda.

Conclusión

EL conjunto del trabajo constituye un meritorio y completo esfuerzo que, tras su fachada de objetividad económica, plantea una dura interpelación pública, que difícilmente podrá resolverse si no es a nivel mundial, y muy particularmente en el marco del orden económico universal que gradualmente viene a tejerse año a año en las reuniones de los siete países más desarrollados.

Nos parece que las siguientes ideas pueden servir de complemento a la reflexión iniciada por el informe:

La pobreza mundial, como hecho social y económico, se encuentra presente de forma brutal, por la cantidad de seres afectados, en esta generación y en las venideras. Centenares de millones de personas verán cercenadas sus vidas en las próximas décadas por esa carencia de los bienes más elementales.

Una acción colectiva de solidaridad mundial puede, gradualmente, y a lo largo de varias generaciones, reducir el drama. Hablar de reducir el

nivel de pobreza en 300 millones en una década es suficientemente expresivo.

Una aproximación global al problema tiende a encubrir las realidades concretas de cada país o cada región, según su dotación más o menos abundante de recursos naturales. No parece que en las alabanzas al modelo de desarrollo de Indonesia pueda olvidarse que la producción de petróleo del país aporta una base financiera con la que no cuenta Níger o el Tchad. Sin embargo, hemos visto cómo, en el quinquenio dorado del petróleo, al principio de los años 70, la riqueza súbita de muchos países no se tradujo en un esfuerzo real de reducción de la pobreza, sino en un incentivo para el enriquecimiento rápido de las capas sociales privilegiadas y un crecimiento repentino de la corrupción que situaron a varios países al borde de una explosión social. Los casos de Irán y México son suficientemente expresivos. De ahí que la llamada al orden y honestidad de los programas públicos que hace el informe, como condición necesaria para la reducción de la pobreza, esté claramente justificada por los hechos.

C ABE, por último, preguntarse si la presencia de la cristiandad en distintas sociedades ha tenido un efecto significativo sobre la reducción de estas desigualdades. ¿Hay una diferencia sensible en la actuación colectiva de sociedades tradicionalmente cristianas, al menos en sus clases dirigentes, como América Latina, comparadas con áreas del mundo de otros esquemas religioso-ideológicos, como el Budismo o el Islam? De momento, nada permite afirmarlo. Así como a título personal o de pequeñas comunidades, existen muchos ejemplos heroicos de solidaridad cristiana, no es posible afirmar que el colectivo de creyentes haya sido capaz de tomar conciencia de que determinadas actuaciones públicas y sociales pueden paliar e incluso desmentir la inevitabilidad de esta pobreza masiva. Parece necesario que, entre el testimonio individual de quienes comparten las penalidades de los pobres y ayudan al desarrollo efectivo de las comunidades locales, y las llamadas a la solidaridad de las últimas encíclicas, se difunda en los ámbitos económicos, entre los hombres de fe, el mensaje de que la acción económica colectiva es posible, y que la aplicación de experiencias previas puede ayudar a evitar errores pasados.

La comunidad de creyentes debería considerar entre sus obligaciones la difusión y puesta en práctica de una auténtica doctrina del desarrollo, de un «manual» de aplicación social de la llamada genérica a la solidaridad. La cuantificación de datos económicos, y el conocimiento de las alternativas macroeconómicas posibles, y de su efecto sobre la pobreza mundial, es una doctrina de más clara comprensión y más «vendible» en los «mass media», que las puras llamadas a la conciencia individual de forma abstracta.